

redacta el siguiente telegrama: "Contesto telegrama encuesta. Desarme, para un poeta como para todos los hombres de buena voluntad, es meta ideal de solidaridad humana, desvanecedora, si se alcanzase con efectividad, del fantasma de la guerra y de su terrible representación: la asolación nuclear. No hay seducción mayor para la mente imaginativa que esa nobilísima vía, que, de lograrse, traería automáticamente un replanteamiento del problema de las relaciones entre los hombres y entre los pueblos. El ahorro económico en un sentido y su dedicación consiguiente en otros, permitiría la elevación del nivel de vida y de cultura, con aplicaciones varias y graduadas, según pueblos y latitudes. La mera consideración del panorama ideal hace pensar que el esfuerzo hacia su realización práctica, por difícil que resulte, sería labor enormemente remuneradora en el camino del bienestar y el progreso de los hombres."» Alguien se ha preguntado si no sería esta intervención y una opinión suficientemente racional de lo que para Aleixandre representaba la justicia social, todo ello en el mare magnum de una imposible pero discreta convivencia nacional, lo que supondría un ligero o profundo apartamiento de la vida pública española durante años y años. Sí es cierto que su obra, y a lo mejor ha influido parte de lo expuesto, no ha sido suficientemente conocida y reconocida hasta hace relativamente pocos años.

«Aleixandre —dice De Luis—, como entró en los cincuenta años saludado por el gran libro de estudio crítico de su poesía, realizado por Bousoño, entra en los sesenta escoltado por otro gran libro: el de interpretación poético-dialéctica de su obra en una "cantata" o poema dramático: *La cantata en Aleixandre*, de Gabriel Celaya, publicado en mayo de 1959.»

A continuación Leopoldo nos habla de que la poesía aleixandrina «ha ido de la comunión a la comunicación». Ciertamente, una participación efectiva en la común vivencia de su pueblo ha sido la constante de la poesía de Vicente Aleixandre. Ello le ha servido para comunicarse con los demás poetas, con un entorno a veces gris y preocupado. Y de ambas sugerencias ha resultado esa especie de acercamiento a—o inclusión en— distintas generaciones literarias y humanas que han visto en Aleixandre al consejero afable, al amigo bondadoso, al ciudadano comprensivo. Esa ha sido la posibilidad efectiva en que pudo tener lugar la concepción primero y la publicación después; con ánimos casi universalistas fue recibida, de su nueva poética titulada *En un vasto dominio* (1962), a la que seguiría tres años después *Retratos con nombre*, en la época precisamente de mayor enfrentamiento con la dictadura franquista por parte de la

intelectualidad española, y en la cual los poetas catalanes de *El Bardo* le dedicarían un afectuoso homenaje.

El patetismo de una existencia minada por la enfermedad se pone de relieve otra vez en 1967, al serle diagnosticada una insuficiencia de coronaria, de cuya insinuación se precave medicinalmente.

1968: *Poemas de la consumación*.

1969: Premio de la Crítica. Aparece el primer volumen de sus *Obras completas*.

1970: Trabaja en *Diálogos del conocimiento*.

1972: Aparece la edición crítica de *Espadas como labios* y *La destrucción o el amor*, realizada por José Luis Cano.

A partir de 1973, incluso con ciertas recaídas, el panorama político y social español comienza a ver algunas posibilidades de verdadera liberalización, ganada con múltiples sacrificios de los demócratas, que muy dolorosamente van consiguiendo ligeras alternativas de libertad ante un régimen caduco y verdaderamente indeciso con su futuro y con el futuro del país. Es la época en que hombres públicos y hombres de letras de diversos ámbitos comienzan a verse rehabilitados y a disponer de una esfera de «consentimiento» social, antes totalmente negada. En este año cumple Alexandre setenta y cinco años y es objeto de numerosos homenajes por grupos literarios y revistas poéticas de todo el país, viéndose además incrementada su producción, que es traducida a diferentes lenguas.

En 1974 aparece *Diálogos del conocimiento* y, enlazando con lo último dicho, ve la luz en Estocolmo una antología traducida al sueco por Artur Lundkvist y el canario Justo Jorge Padrón, que le valdría la esperanza de una pronta concesión del Premio Nobel de Literatura.

Pero si «la salud de Vicente, en los últimos años, no empeora de estado general, pero la edad sí va dejándose sentir en otros aspectos», España aparece nuevamente convulsa, y el 27 de septiembre de 1975 los fusilamientos de varios jóvenes, con el «enterado» del gobierno, por presuntas actividades terroristas, desencadena una oleada de «antipatía» (razonable o no) para nuestro país. Ello no hace más que precipitar ciertos acontecimientos. El mundo está del lado de la parte «democrática» de la población y se comienza a vislumbrar un especial afecto hacia lo español. La muerte de Franco y las nuevas expectativas de convivencia nos hacen entrar en una órbita más racional, y el afianzamiento de nuestra imagen en el exterior se convierte en una estimación antes velada e incierta. Todo ello nos lleva, en un plazo breve, a sentar en el Parlamento a los representantes, casi

verdaderos, del pueblo y, volviendo a nuestro tema, a la concesión del Premio Nobel de Literatura al poeta español Vicente Aleixandre.

LA OBRA DE UN HOMBRE LIBRE

En un libro editado por «Ambito literario» titulado *Lo que opinamos de Vicente Aleixandre*, y que se publicó sólo unos meses después de la concesión del Nobel a este autor, José Luis Giménez Frontín decía que su obra «Simboliza la reconciliación nacional»; Antonio L. Bouza admitía que le consideraba «el poeta más importante de la generación del 27. El único con características netamente europeas y también el más universal. De la poesía de su generación, la suya es la de más calidad, Lorca incluido»; Víctor Pozanco le definía como «un clásico; uno de los componentes de ese conjunto de poetas iluminados que, desde el 98, han hecho de nuestra centuria literaria la más rica después del Siglo de Oro»; el mismo Leopoldo de Luis en aquel tomo decía que «la poesía de Vicente Aleixandre supone, en último término, una pugna por la libertad del hombre, aprisionado en condicionamientos injustos, sujeto y víctima de pasiones y condenado a la consumación de la materia. Su sola liberación puede que no sea otra que la extensión de sus propios límites para fundirse en la materia única, cantada también por el poeta. Pero, entre tanto, un entramado impuesto carga sobre la vida humana la angustia de arbitrarias exigencias y condicionamientos alienantes. Creo que Aleixandre es uno de los poetas más auténticamente revolucionarios, porque no sólo ha renovado las formas expresivas, sino la misma sensibilidad. Es obvio que resulta más subversiva—más transformadora de convencionalismos—una poesía así que una poesía dedicada a motivos concretos, por graves que éstos sean y por denunciador que se alce el verso».

Podríamos, nos atrevemos a concluir, que la de Vicente Aleixandre es la obra de un hombre libre. Por lo menos.

Mucho se ha hablado del Aleixandre poeta-total. Ciertamente, hemos visto que toda una vida, y más incluso del espacio temporal de muchas existencias, verbigracia, la de aquellos poetas consumidos por las consecuencias trágicamente derivadas de una guerra civil, como García Lorca, Miguel Hernández, etc., se ha dedicado al inmenso placer de hacer poesía, una poesía cálida donde el amor, la esperanza, los paisajes y la lucha del hombre en medio de un entorno social áspero y difícil, han tenido su lugar preponderante y, por qué no, total. Ciertamente, no es fácil hallar a un hombre que pueda durante años y años hacer de la poesía su ocupación total. Entonces, hemos de concluir que su «enfermedad de hierro» ha contribuido a

vigorizar y dar esplendor a la poesía española de nuestro siglo, y de todos los siglos. Sabemos, sí, que la lectura ha sido parte integrante de su ocupación cotidiana y que la lectura, la lectura de prosa y de poesía, ha supuesto una impregnación y un bagaje de gran importancia en esa capacidad íntima de crear universos líricos de la trascendencia que sus poemas nos ofrecen. La expresividad de sus versos, incluso con la carencia de ese contacto diario con el pueblo a que antes aludíamos y que es innegable en amplio sentido, viene dada por esa preocupación por estar conectado siempre con la cultura a todos los niveles, conexión que Aleixandre logrará con esa dedicación a la lectura y con ese convertir a su propia casa en una antecámara de la intelectualidad y de la labor literaria de años y años, de personas y personas... Porque el poeta no sólo ha de leer poesía, no sólo ha de estar rodeado de poetas, no sólo ha de vivir «la poesía», cuestión muy al uso en papanatas diversos. El poeta es el hombre que trata de descubrir todos los valores de la cultura, que se siente ocupado y preocupado por las cuestiones políticas y sociales de su país, que sabe analizar con dosis crítica una novela, un cuadro, una sinfonía o una moda en el vestir. El/la poeta son la clave para una convivencia armónica y mesurada. Volviendo a las reiteradas afirmaciones de Leopoldo de Luis, «el poeta tiende a la libertad, es la libertad». Y en este sentido, Vicente Aleixandre es y ha sido durante muchos años un hombre libre. Eso al margen de la situación de encerrona en que se ha debatido España. Al margen de su apartamiento de la soledad, unas veces por razones de salud física y otras por razones de la salud moral o política de puertas afuera. Eso al margen de su capacidad para diseccionar la realidad y atacar o destruir lo energúmeno, lo falsario, lo vacío, lo caduco. Porque en su poesía, en su obra total, Vicente Aleixandre ha tomado la decisión de construir, un poco de arbitrar, de iniciar una reconciliación a través del suave camino, del leve terciopelo, de la poesía. No en vano se ha hablado de él como de un romántico, del penúltimo de los románticos, vivo.

Así, en efecto, vemos que la labor de Aleixandre trasciende, se alza por encima de la poesía. *Los encuentros* (1958) son ejemplo de una prosa nítida y afable. Esas cartas que aparecen con frecuencia en pórticos de revistas u otras publicaciones nos hablan de un magnífico prosista, siempre preocupado por la forma de lo escrito, hasta cuando se trata de saludar un amigo o de unirse a un homenaje. Sus conferencias sobre temas varios, principalmente poéticos, dejan la sensación de un «discursante» genial, de un escritor para quien el lenguaje, la palabra, no guardan secretos de ninguna especie, sabiendo moldear los pensamientos, explicitar las imágenes y transmitir los